

segadas, las áreas del Foro. En estos odios yo he querido con furor á mis hijos. Por Británico y Octavia daría yo sin pestañear la vida, pegada con más fuerza, como ves, á mi piel, que mi piel á mis huesos. ¡Y tú, tú, tú, madre, que me has engendrado, que me has parido, que me has lactado, háblasme de morir, sin volverte á cuantos quieran infligirme la muerte, defendiéndome como defiende con sus uñas el águila en los nidos á sus aguiluchos y á sus cachorros la leona en el desierto!... Lépidia, tú no has engendrado, tú no has parido, tú no has tetado, tú no has puesto jamás en tus pechos y á tus rodillas á esta mujer, sin madre, indudablemente sin madre, cuando tú, Lépidia, eres osada hoy á decirme que perezca y me resigne á la muerte. La última de las criaturas humanas tiene una madre; pero no la tiene ¡oh! Mesalina, la señora del mundo.

— ¡Mesalina ¡oh! no seas insensata! Después de cuanto has hecho conmigo, la Historia no creará mi aparición súbita en este sitio fúnebre y mi asistencia personal á esta horrible agonía. En todos los hombres pudistes fijarte, si querías pisotear tus deberes de casada; en todos menos en mi marido, tu padrastro, que fuera dentro de la familia para ti un segundo padre. ¡Oh! ¡Enamorarte de sus prendas, atraerlo para seducirlo, y, cuando herido por la monstruosidad horrible de tu crimen y por el espantoso infernal intento tuyo se resiste, lo matas, dejándome viuda inconsolable perpetua, y aún te plañes de mí, loca, y aún te quejas, cuando sólo una madre, bajo tales antecedentes, vendría hoy á sostenerte y consolarte amorosa en tan tremendo trance!

— ¿Pero me van á matar de veras, Lépidia?

— Sí; van á matarte, hija mía, van á matarte. No lo dudes. Tu madre viene á decírtelo con el corazón traspasado, porque al fin de mis entrañas saliste; y si pudiera, en mis entrañas habría de recluirte y encerrarte para que los verdugos no pudieran hacer en tu cuerpo daño ninguno. Yo soy tu madre, óyelo bien, tu madre. Y he olvidado lo que hicieras conmigo, puesto ahora en la cuenta de tus culpas y en la causa de tus desgracias por haberme provocado; que, á callarte, no dijera yo palabra ninguna cruel, antes empleara, como si no hubieses procedido mal con tu madre, las mismas dulces murmuradas tantas veces por mis labios en tus oídos de niña, pues al verte créome que te siento latir y palpar toda-

vía en mis entrañas. Yo he corrido Roma entera en tu auxilio. Yo he besado las plantas á los libertos de Claudio para que te perdonasen. Yo he pedido una isla para los dos con objeto de que cerrara mis ojos esa mano, que yo debía maldecir y á todas horas bendigo, por ser así como los dioses nos han hecho á las madres. Yo hete llorado desde la hora en que cometiste la demencia de casarte con Silio; hete llorado á gritos por muerta, y muerta suicida... Hija mía, ignoraba todo cuanto en mi pecho te quería yo hasta que ha venido el trance de tu muerte. Todos los dolores con que has herido y todos los goces con que has encantado mi ser atropelláronse á una en mis recuerdos y en mis entrañas, no sabiendo ahora distinguir bien por qué te quiero más en mi desvarío: si por lo que me has hecho padecer, ó por lo que me has hecho gozar. Reconozco haberte dado vida, cuando tal empeño de conservártela tengo. Reconozco ser tu madre, tu madre natural, en que, después de haberme tú hecho llorar lo llorado á causa de tus ingratitudes, quisiera conservarte sobre la tierra y en vida siempre, aun á riesgo de que las cometieras nuevas y las cometieras contra mí. No queremos sino aquello por que ¡ay! hemos padecido mucho sobre la tierra. Yo invoco ahora los dolores del parto en que te tuve con las alegrías de la natividad en que te presentaron á mí desnudita y llorando. Mis carnes te han revestido de esas carnes. Mi sangre corre por tu cuerpo. Mi luz ha encendido esos ojos; mi calor ha animado esa vida. De mis huesos tus huesos; de mi ser tu ser. Yo he ofrecido morir por ti, Mesalina mía, y no han aceptado mi ofrenda. Y he ofrecido morir por ti, no en raptó de abnegación; helo ¡ay! ofrecido al impulso de mi egoísmo. Yo no puedo comprender que te vayas del mundo tú y en el mundo yo me quede. Si el verdugo, próximo á llegar, fuese capaz de cambiar por la tuya mi cabeza, presentársela de todo mi grado. Cuando te veo, aún me parece que palpitas en mis entrañas y que vives dentro de mí. Herida por tus caprichos, abandonada por tu ingratitude, infeliz á causa de las grandes alturas donde has, en alas de tu ambición y de tu fortuna subido, solamente veo en ti el ser generado por mi amor y por mi vida nutrido. Así, Mesalina, tu madre no puede menos que asistir á tu muerte, tan llorada como fué regocijado tu nacimiento. Déjame, pues, que te bese; que á

besos te coma. Déjame ahí en esos ojos mirarme, donde yo creía reverberar mi postrimer mirada. Déjame bendecirte, como te bendije al nacer. Déjame sostenerte ¡ay! en este último trance.

— ¿Voy de veras á morir, Lépidia? — preguntó Mesalina otra vez, muy resistente á penetrarse del mal que la esperaba.

— ¡Vas á morir en verdad, hija mía, en verdad!

— ¡Los dioses me asistan! ¡Yo no quiero morir, madre!

— Por unos pocos que se adelantan la muerte, casi todos mueren contra su voluntad.

— ¡Tampoco quiero que me maten!

— ¡Ya lo creo! Hija mía, breve la vida tuya, pero muy feliz. Tu madre te cuidó como una flor; tu marido te reverenció como una diosa. En tu casa primero, en tu trono más tarde, has hecho la omnimoda voluntad tuya. Ahora te ofreces á los ojos de todos tan miserable, porque nunca fuiste infeliz. Has pasado la vida sin contrariedad ninguna. Menester es que haya una grande adversidad para probar el ánimo, como menester es que haya una deshecha tormenta para probar al piloto. Lo peor de tu fortuna encuéntralo en hallarte desapercibida. Todos los días tiene que aparejarse para la eternidad el mortal. Arroja, pues, Mesalina, de tu corazón todo sentimiento soberbio, y deja caer en sus abismos la idea de tu inmediata muerte. Si la hubieras esperado, fácilmente la recibirías. Mírala frente á frente; y si no has de aceptarla con gusto, acéptala con resignación. Por muchos bienes que contemos en el mundo superan los males, y no es cosa de dolerse tanto por el fin y conclusión de todos éstos. Te apretará más la muerte si le tornas la espalda en vez de hacerle cara. Llanto habrá siempre: al nacer y al morir. Lo que piensas daño resulta remedio. Alza en este trance los brazos al cielo y no padecerás tantas congojas. Con la condición de salir entramos todos á una en la vida. No puede, no, estimarse como castigo aquello que se halla en la Naturaleza. Innumerables se nos han adelantado, é innumerables habrán de seguirnos. Esta noche te libra de algo peor que la muerte misma: de una vejez desgraciada. Consuélate y confórtate, Mesalina.

— Madre, no me hables de la muerte como un filósofo. Es bueno el estoicismo para representado en el Foro, no para practicado en el mundo. La filosofía que privó en mi ánimo siempre fué, Lé-

pida, el amor á la vida. Que me dejen vivir. Estos labios tan rojos no pueden descolorarse; no pueden extinguirse, no, estas pupilas tan resplandecientes; no puede perderse la llama siempre vívida que siento por todo mi cuerpo: deseo vivir y viviré, pese á quien pese. No se ha forjado todavía el puñal que ha de matarme.

— No te formes ilusiones ¡ay! ni acaricies insensatísimas esperanzas. Al venir aquí, los espías de Narciso me han arrestado y he visto en sus ojos, siniestros como los del buho, tu sentencia de muerte y en sus manos los instrumentos de tu suplicio. Lo más extraño no parece que mueras, que vivas todavía, cuando Narciso temporalmente ocupa el Imperio tan sólo para matarte

— Pues á eso te digo que Claudio no pasa por mi muerte. Y no pasando Claudio por mi muerte, sólo se trata de salvar el pellejo en este instante adversísimo. Al poco tiempo me necesitará, pues no puede vivir sin mí á su lado. Y en cuanto me necesite, recobraré toda influencia sobre su ánimo y le sugeriré una matanza, una degollación, el exterminio universal de todos mis enemigos. Aún dicen que yo inmolo muchas gentes en mi reinado. Si hubiera procedido contra los libertos de casa cual procedí contra los demás enemigos de fuera no pasara en estos instantes por tales angustias. Tienes razón tú, Lépidia; ¡impera Narciso en Roma, y no me ha mandado matar ya? Es que no puede, no, matarme. Viviré, madre mía, viviré. No puedo morir ahora que acabo de reconciliarme contigo. Yo seré buena, yo educaré mis hijuelos bajo tus alas maternales. Yo miraré como estrellas de mi vida tus ojos. Yo ejerceré mi augusto imperio en provecho de todos. Quiero vivir, y viviré.

Mientras decía estas frases horribles de resistencia inútil al destino implacable la emperatriz desesperada, una de sus siervas arriba sin aliento al sitio donde forcejeaba contra su triste suerte, y cayendo á sus pies grita: ¡ahí se acercan los verdugos! La muerte iba con golpe certero á herir la vida en toda su robustez y en toda su expansión. Mesalina parecía una vaca lechera, de las que relucen por su piel brillante, cautivan por sus hondísimos ojos, rumian á todas horas, y cuando no rumian pastan y se anegan en hierbas altísimas hasta los corvejones, gozosas con el placer infinito de vivir. Su aspecto, aunque patricia, reina, dama, recordaba el campo libre y abierto, por lo fornido y por lo rural. Así traía

su rostro á las mientes y recordaba las fuertes sabinas de los tiempos legendarios y de los hexámetros épicos, robadas un día por los fuertes romanos para que les acompañasen junto al criado con un cenacho de trigo á la muñeca y les diesen innumerables hijos: gozar la vida, compartirla con los machos invenidos en cualquier parte y á la casualidad; holgarse con todas las sensualidades posibles y parir mucho: he ahí los ministerios para que Mesalina se creyó al mundo llamada por los dioses. Nada en ella de ideal, nada tampoco de artista; ninguna filosofía, ningún elevado gusto, ninguna tendencia general y humana; la política en cuanto le servía para el alimento de sus deleites y le procuraba la multiplicación de sus placeres: tal era Mesalina. Y á esta mujer, de vida rebosante, de salud robusta, de sangre hirviente, de carne mantecosa, de crasa enorme, de sensualidad grosera, le amenazaba una muerte trágica. La guadaña debía golpearla mucho para concluir la, como tiene que hacer el hacha con las encinas exuberantes de savia. Así, andaba por el espacio ebria como una bacante, y confundía la vida con una bacanal inacabable, dando y pidiendo besos en aquellos labios purpurados por el vino viejo y vibrantes de báquicas estancias. La voluptuosidad en ella le redoblaba todas las sensaciones carnales, queriendo perdurar indefinidamente y prestándole un instinto de conservación tal, que rayaba en verdadero furor. Los sentidos la sojuzgaban; y en su necesidad imprescindible de satisfacerlos con placeres sin cuento, concluyó por vivir para ellos en la más brutal sensualidad. Mujer que tanto huía de la muerte, buscó hasta en la muerte de sus enemigos alimento á las propias groserías. Así, en este minuto, su amplio cuello de vaca, henchido por tanta sangre y compuesto de músculos tan fuertes y fibras tan espesas, hinchábasele como para respirar y guardar más vida que oponer á la muerte; su redonda cara, en el esfuerzo de la resistencia, tomaba una rubicundez muy parecida en verdad á trasunto de borrachera. La insaciable sed hidrópica de lujuria se notaba en su boca, semejante á un panal henchido de besos. La frente, falta de idealidad, ibase atrás, buscando este cielo del organismo nuestro la esfera verdaderamente animal, donde brotan y pacen todos los instintos carnales. Los cabellos, muy espesos, como nutridos por mucha grasa también, acusaban una hembra puramente animal. Pero donde más la

compleción baja, el materialismo indeliberado é inconsciente, la mezcla de crueldad refinada con apetitos carnales aparece ¡ah! es allá donde relumbra el alma, en los ojos que no translucen jamás, no, el vislumbre de una idea ni el calor de un sentimiento. Así, Mesalina forcejeaba con la muerte; huía como pudiera un cualquier animal hermoso, á saltos, á carreras, á gritos; ahora crispando los puños con aire amenazador, si tomaba sobre sus terrores algún imperio material; ahora poniéndose de rodillas en actitud suplicante como la vimos en el regreso de Claudio; ahora por el suelo arrastrándose como una serpiente cautelosa y doble; ahora irguiéndose como una tigre amenazadora ó herida; sin que nunca se le ocurriese un acto de verdadera dignidad en aquella Roma, donde nadie sabía vivir con honor, pero donde todos sabían morir con entereza. Por fin, corriendo inútilmente de un lado á otro, inútilmente suplicando á tontas y á locas, esperanzada con auxilios imaginarios, mantenida por presentimientos falaces, tanto se había en sus desatinos y desvaríos aplanado la cuitada, que cayó fatigadísima sobre la hierba, sin dar su brazo á torcer y sin enterarse de su irremisible desventura.

—¿Y esos esbirros — decía — van á tocar con sus cuchillos mi garganta? ¿Y yo, la mujer de un emperador, la madre de otro, voy á morir aquí como una perra hidrófoba? No, no puede suceder esto; no sucederá jamás, aunque lo manden á una todos los dioses del Olimpo y todos los reyes del mundo.

—No te queda contra esta necesidad ineludible más que un refugio seguro, puesto en tu mano por las divinidades, á quienes inútilmente invocas.

—¿Cuál?

—Mesalina... ¡El suicidio!

—¿El sui... ci... dio...? ¿El sui... ci... dio...? — preguntó Mesalina entre hipos de cólera y de rabia. — ¿Me crees loca, madre?

—Toma ese puñal, que llevaba tu padre al cinto siempre. Tómalo, que lo he cogido en mi cuarto y lo traigo entre los pliegues de mi túnica para entregártelo. Barbato lo requería en todas sus salidas á la guerra, por si mandatos del destino adverso le condenaban á caer prisionero, clavárselo antes de que ningún enemigo pudiera ponerle mano encima. ¿Te repugna que los esbirros toquen

á tu cuerpo? Pues como no hay esperanzas de salvación, ya que no pueden valerte para huir los pies, válgante las manos: mádate.

— Tú crees, Lépidia, tú crees haber tenido en mí un varón, cuando tuviste una débil mujer

— Pues qué, Mesalina, ¿las mujeres no soportan, como los hombres, el infortunio? Si padecen más que todos éstos por la viveza de su sensibilidad, también resisten más por la fuerza de su paciencia. ¿Tenemos algún héroe comparable á la suicida Lucrecia, la que nos libertó de los reyes, en los anales romanos? Cornelia, la madre de Tiberio y Cayo Graco, vió pasar los funerales de sus hijos y no se arrepintió de darles vida, siquier ellos le hubiesen dado muerte con sus sendos sacrificios.

— Aquellos eran otros tiempos, madre.

— Mesalina, hija mía, el corazón se me parte. Mis ojos ¡ay! son manantiales de lágrimas. Desgárrame las entrañas un dolor agudísimo, como si quisieran abrirse para darte sepultura, cual te dieran vida. Si la muerte mía pudiese aplacar esos implacables enemigos tuyos, habríame precipitado ya de cabeza en el orco. Agraviada por ti cual no lo fuera jamás otra madre por sus hijas, he venido á morir de tu muerte y asociarme á tu agonía, que de seguro precipitará mi próximo postrero instante. Por todo esto y con todo esto créome habilitada para pedirte y aun mandarte que te mates tú misma. Toma el puñal de tu padre.

Mesalina, cayendo á cada terrible noticia en estupor profundísimo, tomó el puñal maquinalmente. Ya en su mano, mirólo con extrañeza y terror. Después de haberlo mirado probó la punta en sus gordos y sanguíneos dedos. Apenas lo había probado, soltólo con horror indecible y se agitó con un estremecimiento cuasi epiléptico á la vista de su propia sangre. Y no sabiendo qué hacer en defensa propia, ya corría de un lado á otro desalada; ya pedía socorro á gritos cual si estuviera entre las olas de un atroz naufragio y entre las llamas de un voraz incendio; ya se tendía suplicante á los pies de su madre y la conjuraba con repetidas instancias que la salvase; ya daba órdenes á seres invisibles cual si la razón se hubiera perdido en ella tristemente á los asaltos del miedo. En vano su madre unas veces lloraba con ella, otras la recogía en sus brazos, como si quisiese mecerla cual de niña; ya le aconsejaba un acto de valor con-

gruente con la desesperación que debía sentir aquella cuitada; ya, viéndola tan próxima á la muerte y tan empeñada en vivir contra todos los decretos del destino, retorciase los brazos y á mares lloraba en el justo maternal desconsuelo. Pero Mesalina sólo veía el modo seguro de huir á la muerte, como esas hienas de nuestros jardines zoológicos que dan vueltas y más vueltas dentro de su jaula buscando cualquier pronta salida, la cual nunca encuentran; si al cielo miraba, si de aquí allá discurría, si á meditar se paraba, si desde un pensamiento iba en pos de otro pensamiento y desde un propósito en pos de otro propósito, era en busca de alguna puerta por donde huir á la muerte y prolongar la vida.

— Vendrán — decía con insistencia Lépidia, — vendrán.

— Diga lo que quiera la esclava, no vienen.

— Míralos.

— En efecto, madre, son ellos.

— Al resplandor de sus antorchas siniestras, las aves nocturnas, dormidas esta noche sobre las ramas, huyen volando sigilosamente.

— ¡Que no pudiera irme con ellas! — exclama la emperatriz, sobre cuya cabeza pasan en tropel.

— ¡Mesalina! — gritó una voz que parecía salir del averno.

— ¿Qué oigo? La voz del verdugo á quien el malvado Narciso encarga la perpetración de todos sus crímenes.

— ¿Estás ya cierta de cuanto te aguarda? — díjole llorando Lépidia.

— ¡Mis hijos, madre mía, mis hijos!

Y mientras pronunciaba la infeliz estas palabras, se presenta, rodeado de sayones y esbirros y guardias y vigilantes el favorito del favorito, Evodo, mal y siniestramente iluminado en aquella noche trágica por humeantes antorchas, las cuales parecían difundir funerarios reflejos. La madre y la hija se habían abrazado en este supremo instante bajo las ramas de un sauce, como dos estatuas sepulcrales; las siervas habían compuesto un grupo, el cual, por su actitud, gesto y porte parecía de plañideras, según estaban de afligidas y llorosas; los esbirros se habían parado inertes ante la suprema desgracia y se habían sentido como tocados por el ala misma de la muerte que traían en sus mandatos; el verdugo Evodo se destacaba entre todos y dirigía un sable desnudo á la emperatriz, á fin de que se inmolara ella misma y todo concluyera en cinco minutos.

— ¿Qué traes, Evodo? — preguntó Mesalina todavía cogida del último cabello de sus presentimientos favorables.

— La muerte decretada por Claudio.

— Por Claudio no — respondió Mesalina; — por el malvado Narciso.

— De todas suertes, yo traigo la sentencia, y cúmplela: muere.

— ¿Sabes á quién hablas?

— Mesalina, pudieras dirigirle tal pregunta en verdad á otro que no hubiera vivido en tu palacio y bajo tu techo.

— Soy la esposa del emperador ahora reinante, y la madre del emperador que ha de reinar mañana.

— Ya lo sé. Perdóname, por los dioses, Mesalina; yo no hago más que cumplir órdenes superiores. Has de morir por fuerza; má-tate con esa espada.

— ¡No! — exclamó Lépida. — La heredera de Barbato morirá estoicamente de honroso puñal de su padre. Toma, hija mía, tómalo, y muere con heroísmo; que pronto habrá de seguirte á las eternas sombras y al eterno silencio tu desdichada madre.

— ¡Madre mía! ¡Mis hijos! ¡mis hijos! ¡mis hijos! — exclamó Mesalina reluciendo el puñal presentado por la intrépida madre. — Quiero ver á mis hijos antes de morir. La mujer en mí habrá cometido muchos crímenes; la emperatriz más crímenes si cabe; pero la madre se halla pura. Quiero ver á mi hijos, Evodo, antes de morir, y mis hijos ¡ah! son tus emperadores próximos. ¿Dónde se hallan mis hijos?

— Ya cuidará de su futura suerte y á sus necesidades atenderá su pariente Agripina.

— ¡Oh dioses! ¿Por qué invocas ese nombre? Conozco á Claudio, y veo lo porvenir con presentimientos que sugiere á los moribundos la proximidad terrible de su muerte. Agripina matará con seguridad á Británico, á mi amado Británico, al heredero de la diadema imperial, para que la recoja y herede su Nerón; pero Agripina me vengará de todo, y matará sin remedio á mis dos verdugos, á mi esposo Claudio, y al malvado liberto de éste, á mi verdugo Narciso.

— Mesalina — le dijo Evodo, — ¿para qué curarte de una vida que debe durar tan poco? Vuélvete hacia el otro mundo y ábrete sus

puertas con la espada muy cortante que te presento y ofrezco en obediencia ineludible á superiores mandatos.

— La espada, no. Prefiero, como dice mi madre con razón, el puñal suyo.

— Tómalo, hija mía, tómalo, y ten ánimo, pues yo lo tengo cuando tu puñalada concluirá con dos vidas: con la tuya y con la mía.

— Bien, probémoslo, probémoslo.

Y Mesalina se llevó el puñal á la garganta como para probarlo. Mas apenas había tocado su frío acero en la piel, cuando toda estremecida lo arrojó de sí con horror, y arrojándolo de sí, echóse á llorar con estrépito. Lépida, que lloraba en este instante á gritos también, acompañada por las siervas, que todas á una plañían la muerte y sollozaban á coro, bajóse á

recoger el puñal para entregárselo de nuevo á su hija é insistir en que se diese á sí la muerte y no la esperase de sus esbirros. Pero en uno de los inconscientes actos que situación tal sugería, volvió las espaldas á Evodo Mesalina, y entonces, dirigiendo éste al testuz la espada, como suele dirigirla y asestarla un buen matador al toro, la remató en breve minuto, cual si hubiera empleado el terrible latigazo de una centella. Mesalina dió un berrido semejante al que da joven y robustísima ternera cuando experimenta el cuchillo

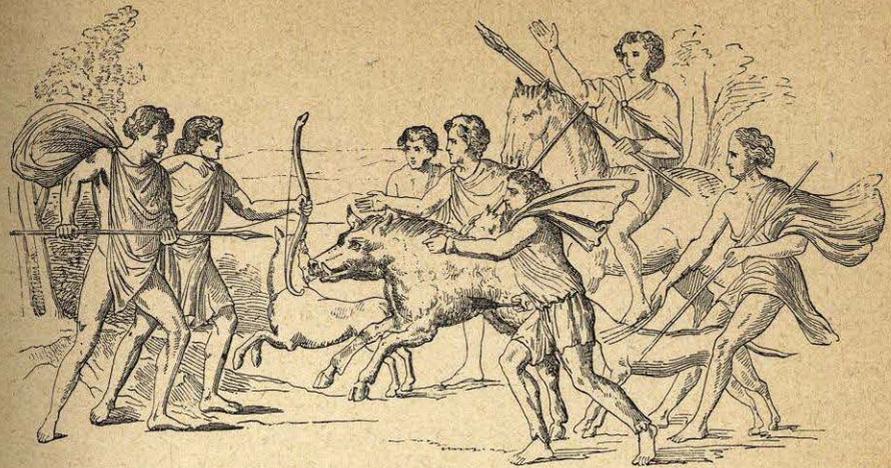
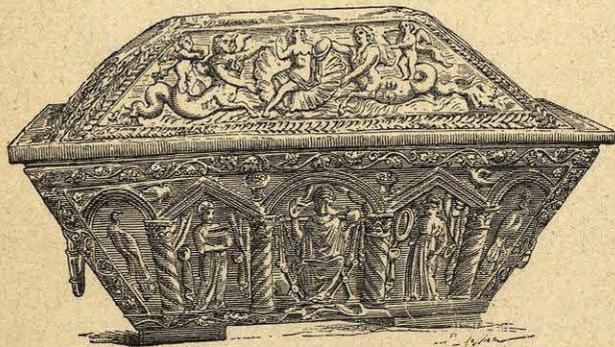


Mesalina

de su mataraz en el cuello, y cayó con violencia sobre aquel césped, tiéndolo con su encendida roja sangre. Las siervas se arrojaron en montón sobre aquel cadáver, cubriéndolo de besos y lloros, en tanto que Lépida se desplomaba en vértigo terrible y presa de convulsiones epilépticas junto á la ingrata, pero infeliz y nefasta hija. Cuando Evodo volvió de aquella carnicería, aún cenaba Claudio. Muy bien comido, experimentó alguna otra necesidad que no debía parecerse al hambre, y preguntó si estaba en su alcoba Mesalina. Cuando le dijeron que no, respondió:

—Pues que venga la sierva Calpurnia.

Y se retiró á dormir. Cuentan que durmió á pierna suelta, sin preguntar de nuevo nunca jamás por Mesalina.



CAPÍTULO IX

AGRIPINA

Al amanecer el nuevo día Roma era otra en realidad. Aquella voluptuosa mujer, cuyos caprichos habían batido sus alas sobre todas las frentes, resultaba una pesadilla tal en los ánimos, que los romanos, ni sabían cómo expresar su gozo por lo acaecido, ni cómo revelar su esperanza en la mejora de lo porvenir. Gran perversidad la que aquejaba el ánimo de los libertos; espesísima noche la que había en sus conciencias; muy largas las manos en ellos, mientras muy corto el juicio; tiruelos sin escrúpulos, viciosos sin pudor, gárrulos y hasta cruellísimos, aún miraban en torno suyo y á sí mismos con alguna circunspección para todo cuanto disponían, muy al revés de la pobre loca, quien, movida por su voluptuosidad, expedía decretos al impulso de las sensaciones, dañosas tanto por su interna maldad cuanto por sus múltiples arbitrariedades y por sus inenarrables desórdenes. Narciso, Palas y demás, aquellos infelices privados, que pasaban de las ergástulas á los tronos y oprimían al esclavizado mundo romano con la soberbia de quien ha servido, enterábanse por cierto instinto, animal si queréis, pero infalible, por el amor á la propia conservación, de que necesitaban guardar, cual oro en paño, la persona excelsa de cuyo poder y autoridad provenía su fortuna; mas no así Mesalina, la cual, en los